



# JUVENTUDES EN FRONTERAS

**Identidades, cultura  
y violencia**

**Salvador Cruz Sierra  
Alfredo Nateras Domínguez**  
*(coordinadores)*





Juventudes en fronteras  
Identidades, cultura y violencia



# Juventudes en fronteras

## Identidades, cultura y violencia

Salvador Cruz Sierra  
Alfredo Nateras Domínguez  
*(coordinadores)*

Juventudes en fronteras : identidades, cultura y violencia / Salvador Cruz Sierra, Alfredo Nateras Domínguez, coordinadores. – Tijuana : El Colegio de la Frontera Norte, 2019.

352 pp. ; 21.5 cm

ISBN: 978-607-479-338-3

I. Juventud – Aspectos sociales – América Latina. 2. Juventud y violencia – América Latina. I. Cruz Sierra, Salvador. II. Nateras Domínguez, Alfredo.

HQ 792.2 .V56 J8 2019

*Esta publicación fue sometida a un proceso de dictaminación doble ciego por pares académicos externos a El Colef, de acuerdo con las normas editoriales vigentes en esta institución.*

Primera edición, noviembre de 2019

D. R. © 2019 El Colegio de la Frontera Norte, A. C.

Carretera escénica Tijuana-Ensenada km 18.5

San Antonio del Mar, 22560

Tijuana, Baja California, México

www.colef.mx

ISBN: 978-607-479-338-3

Coordinación editorial: Érika Moreno Páez

Corrección y formación: Irene Sanz Cerezo

Última lectura: Diana Melissa Valdez Palacios

Diseño de cubierta: Irene Sanz Cerezo

Imagen de cubierta: Alex Proimos from Sydney, Australia - Chill, CC BY 2.0, <https://commons.wikimedia.org/w/index.php?curid=25650473>

Impreso en México/*Printed in Mexico*

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN

- Coordenadas y geografías de las violencias sociales 9  
*Alfredo Nateras Domínguez y Salvador Cruz Sierra*

### ESTRUCTURA Y SINGULARIDAD DE LA VIOLENCIA JUVENICIDA

- Reflexiones teórico-metodológicas en los territorios  
y en los bordes de los conflictos, las tensiones  
y las violencias sociales 29  
*Alfredo Nateras Domínguez*

- Juventudes: Fronteras, transitividades y femi-juenicidio 47  
*José Manuel Valenzuela Arce*

- Los resortes subjetivos de la dominación  
policial: El asesinato de jóvenes de sectores  
populares de Córdoba, Argentina 63  
*Andrea Bonvillani*

### JUVENICIDIO EN AMÉRICA LATINA Y ESPAÑA

- Juventudes fronterizas, ¿juventudes sin fronteras?  
Identidades juveniles en los bordes del Mediterráneo 95  
*Carles Feixa Pampols y José Sánchez García*



Juventudes marginadas: Vivir en la frontera de la identidad masculina	131
<i>Laura Talina Hernández Baca</i>	
Ser joven en tiempos violentos: Los casos de Matamoros y Ciudad Juárez	153
<i>María Eugenia De la O Martínez</i>	
DE SEXUALIDADES Y CUERPOS	
Sexualidad e identidad masculina en jóvenes cholos	195
<i>Salvador Cruz Sierra</i>	
Del emocionar en jóvenes chilenas: Un habitar fronterizo	217
<i>Genoveva Echeverría Gálvez y Sally Reiss</i>	
Repensar las masculinidades: Experiencias radicales en la <i>cultura del fitness</i>	247
<i>Matilde Margarita Domínguez Cornejo</i>	
DESDE LA PRODUCCIÓN Y LA ACCIÓN CULTURAL	
Configuración y reconfiguración de subjetividades, saberes, prácticas y territorios juveniles en Medellín	277
<i>Alexandra Agudelo López, Rodrigo Villada López y Lina Marcela Patiño</i>	
¿Por qué no hay maras en Nicaragua?	313
<i>Carlos Mario Perea Restrepo</i>	
ACERCA DE LOS AUTORES	345

INTRODUCCIÓN  
COORDENADAS Y GEOGRAFÍAS  
DE LAS VIOLENCIAS SOCIALES

Alfredo Nateras Domínguez / Salvador Cruz Sierra

A lo largo de la historia de la humanidad, uno de los ordenadores y articuladores socioculturales que han definido y delineado las relaciones intersubjetivas entre una gran diversidad de actores sociales han sido las violencias, circunscritas a determinados contextos, épocas, culturas y circunstancias, involucrando a una serie de instituciones y sujetos en relaciones asimétricas de poder, como los judíos; los grupos indígenas; las minorías sexuales; los migrantes; las negritudes; los marginados; los excluidos; los usuarios de drogas ilegales; los pobres; los habitantes de zonas populares; los disidentes políticos; los activistas sociales; los defensores de derechos humanos; las mujeres; los periodistas; los estudiantes, y las juventudes, entre los más significativos.

Sin duda, las violencias son relaciones sociales desiguales en el ejercicio del poder –¿el patriarcado?– que determinadas instituciones –como la familia o los cuerpos de seguridad del Estado– llevan a cabo en contra de sus integrantes o sobre ciertos grupos o movimientos juveniles específicos (como puede verse en el capítulo «Los resortes subjetivos de la dominación policial: El asesinato de jóvenes de sectores populares de Córdoba, Argentina» de Andrea Bonvillani) e, incluso, de grupos políticos contra otros grupos sociales, a fin de controlarlos,

reprimirlos, intimidarlos y hasta desaparecerlos, o simplemente ejecutarlos extrajudicialmente (asesinarlos). Tal fue lo que aconteció en los sucesos terribles en Ayotzinapa, municipio de Iguala, en el estado de Guerrero, México, en contra de 43 jóvenes estudiantes de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos<sup>1</sup> (Juárez y Aduna, 2015; Valenzuela, 2015) y en Tlatlaya, en el Estado de México.<sup>2</sup>

Estas violencias sociales –hay que remarcarlo– adquieren determinados rostros, texturas, matices, grosores y densidades, es decir, se expresan y manifiestan en un entramado complejo de relaciones intersubjetivas, a partir del género al que se pertenece; el color de piel; la clase social de origen; el lugar o territorio que se habita; las inclinaciones o preferencias sexuales –por lo común, no hegemónicas–; la adscripción identitaria a la que se pertenece –ya sea política, religiosa, de género o juvenil–, e, incluso, al rediseño de las estéticas corporales no convencionales –tatuajes, perforaciones– (Bercovich y Cruz, 2015).

La situación de las juventudes precarizadas en América Latina muestra el evidente fallo en los derechos humanos, no sólo por la exclusión de la educación, la salud o el empleo, en la que se han encontrado estas poblaciones por varias décadas, sino particularmente por la violencia directa proveniente de la discriminación, agresión o exterminio. La interseccionalidad de la condición juvenil con otras categorías de distinción social hacen de ésta un grupo en estado de delicada vulnerabilidad. No es solamente la pobreza la que enmarca esta situación, sino

<sup>1</sup>Como el lector recordará, entre el 26 y el 27 de septiembre de 2014, se dio la masacre y la desaparición forzada de jóvenes normalistas rurales de Ayotzinapa, llevada a cabo por policías municipales y presuntos miembros de la delincuencia organizada del cártel Guerreros Unidos; también se sospecha que miembros del ejército mexicano intervinieron. El resultado: asesinaron a 3 estudiantes y a 3 civiles, 6 en total; hirieron a 25 y desaparecieron –hasta la fecha– a 43.

<sup>2</sup>En este hecho, 22 jóvenes fueron ejecutados extrajudicialmente por integrantes del ejército mexicano y tampoco se ha esclarecido el suceso.

también su cruce con etnia, color de piel, discapacidad, dependencia adictiva, gustos, creencias o tendencia ideológica. Así, los chicos de las favelas, los negros o indígenas en Brasil, los *cholos*<sup>3</sup> o narcomenudistas en México, los maras en Centroamérica, los niños de los combos colombianos, los migrantes africanos en España son sólo algunos de los ejemplos donde se sitúan las coordenadas de discriminación más severas en jóvenes, hombres principalmente. A ello podemos agregar si son usuarios de drogas, si viven con VIH, tienen una discapacidad o son disidentes de la norma heterosexual.

Las violencias marcan las fronteras, delinean bordes, circunscripciones, uniones y escisiones. En las juventudes se conforman diversas topografías territoriales, institucionales, simbólicas, e identitarias, que delimitan y limitan prácticas culturales y corporales, pero se comparten sentidos y se disputan los significados de ser hombres o mujeres jóvenes. Este volumen pretende dar cuenta de algunas realidades que viven estos sujetos sociales no sólo en los contextos fronterizos o en los propios de una nación, sino en las tesituras de otras fronteras culturales, política o simbólicas, y hasta en el mismo cuerpo material y carga afectiva. Con ello, se pretende mostrar algunos escenarios y entramados socioculturales en México, Centroamérica, Sudamérica y España, que denuncian la violencia letal y la alta vulnerabilidad de la población joven más desfavorecida, pero también dar cuenta de otras experiencias que contienen dicha violencia y la propia capacidad de resiliencia de estas poblaciones juveniles, al igual que posibilitar espacios de lucha, autodeterminación y bienestar emocional.

En este documento se comparten experiencias de Argentina, Brasil, Colombia, Nicaragua, España, México, El Salvador y Honduras, porque en estos países, aunque no exclusivamente, se

<sup>3</sup>El término *cholo* deviene como una identidad juvenil estigmatizada y que, de acuerdo a José Manuel Valenzuela, aparece en las ciudades fronterizas del norte de México y Los Angeles, California, entre la década de 1950 y 1960, y como sucesiva de los llamados Pachucos.

ve severamente golpeada la población joven precarizada. Un ejemplo lo constituye la mortalidad temprana y el homicidio doloso contra niños y jóvenes. En 2014 murieron por agresiones 29 830 jóvenes brasileños, 5 847 mexicanos y 1 773 guatemaltecos.

Hay varias rutas ensayadas que están dando sus frutos –como en los casos de Brasil y Colombia e, incluso, en El Salvador y Honduras– aunque no con la rapidez y la prontitud que se requeriría, ni tampoco con la intención de resolverlas o de extinguirlas totalmente, sino para desmontarlas, disminuirlas y, en todo caso, regularlas, a fin de que no se desborden o no sigan estallando, en el entendido de que las violencias sociales son consustanciales a las relaciones humanas, es decir, a las relaciones intersubjetivas.

En lo que atañe al caso mexicano, a partir de la supuesta *guerra contra el crimen organizado* –ya que ha sido pura simulación– instaurada por el expresidente Felipe de Jesús Calderón Hinojosa (2006-2012), las violencias de muerte, simplemente se han desbordado, es decir, han estallado, dando por resultado una crisis humanitaria y arrojando cifras realmente aterradoras y escalofriantes: se calcula que de 2006 a la fecha han muerto más de 240 000 personas, de las cuales la mitad son jóvenes y de esos, 45 000 matándose entre sí; sin contar las desapariciones forzadas –que arrojan una cifra de 33 000 desaparecidos– y a los desplazados, lo cual ha incrementado los flujos inmigratorios y migratorios, provocando una crisis humanitaria de amplia envergadura, que claramente ha impactado principalmente en las juventudes. No sólo en aquellas que se han enrolado en las filas del crimen organizado –como puede verse en «Ser joven en tiempos violentos: Los casos de Matamoros y Ciudad Juárez» de María Eugenia De la O Martínez– y que en el ejercicio de esas violencias, ligadas a sus masculinidades exacerbadas, han delinquido, siendo algunos menores de edad y privados de su libertad, algo que aborda Laura Talina Hernández Baca en «Juventudes marginadas: Vivir en la frontera de la identidad masculina».

Es cierto que las violencias no definen a las juventudes del momento actual, nada más alejado de ello, pero si constituyen un eje paradigmático que las atraviesa y las pone como epicentro de la devastación de los sistemas económicos y sociales más agresivos. La privación de empleos y educación de calidad; la inseguridad pública y humana; el crimen organizado; el racismo y clasismo renovado; el miedo como forma de control y la precaria socialidad, entre otros aspectos, constituyen ejemplos irrefutables de móviles que devastan y aniquilan (Nateras, 2016a, 2016b). Desde las narrativas contemporáneas de la sociología y de la antropología de la juventud empieza a decirse, nombrarse y categorizarse como *juvenicidio* (Valenzuela, 2012, 2015).

Las violencias sociales, sus rostros, tesituras, formas y estéticas adicionan expresiones del pasado, como la violencia política, la intrafamiliar, la del noviazgo o la interpersonal, lo que genera nuevas denominaciones como el *feminicidio*, la homofobia o el mismo juvenicidio. Dichas violencias asisten en los umbrales o en las fronteras de los espacios geográficos, corporales, institucionales, simbólicos o subjetivos, como expone José Manuel Valenzuela Arce en «Juventudes: Fronteras, transktividades y femi-juvenicidio», y adquieren maneras simples y cotidianas o grotescas y persistentes; la avidez por el consumo de bienes materiales y culturales; la demanda de figurar en un mundo centrado en el yo y desestimar lo público, lo colectivo y lo comunitario; la vacuidad de la emocionalidad con los otros, son algunas de ellas.

Estas violencias se manifiestan y se despliegan tanto en el espacio público –la calle, el barrio, la esquina, la comunidad, la ciudad– como en el privado y el de la intimidad –la familia, la sexualidad, el noviazgo–. Una de las articulaciones entre lo público y lo privado de las violencias sociales es en el territorio del cuerpo o, mejor dicho, en las corporalidades (Muñiz, 2010), las cuales adquieren una centralidad muy importante, ya que es el lugar y el espacio en lo real como en lo simbólico, donde también se inscriben las exaltaciones de las masculinidades o se remarcan las emociones

o las afectividades –depresión, tristeza, rabia, enojo, amorosidad, felicidad, alegría–, y se registran los actos más devastadores de las violencias de muerte; a partir de su aniquilamiento, su mutilación, su desmembramiento, su exposición pública o sus cicatrices con armas de fuego o punzocortantes.

En este tenor, el actor social juvenil y el objeto de estudio de las juventudes se ha posicionado como un tópico central en el espacio sociocultural y en las narrativas académicas de nuestras sociedades contemporáneas y latinoamericanas. Tal actor y sujeto social, particularmente, ha sido vulnerado por los proyectos económicos neoliberales ensayados principalmente en *nuestras Américas*, a partir de finales de la década de 1970 y en las décadas de 1980 y 1990, que están marcados por las precariedades (Saraví, 2009, 2015) y han generado una diversidad tanto de violencias reales como simbólicas, laceración de hombres y de mujeres jóvenes, que los aniquilan física, económica, moral o políticamente.

No todas las violencias se tiñen de rojo, hay otras, regularmente simbólicas, donde el aniquilamiento es emocional o moral, como en el caso de los jóvenes pandilleros vigilados y sancionados para acallar otras formas de identidades y sexualidades no heterosexuales. Si el concepto de opresión supone alguna limitación en las facultades para desarrollar y ejercer las capacidades o expresar necesidades, pensamientos y sentimientos (Young, 1990), entonces el silenciamiento del deseo o la identidad por el orden de la sexualidad heteronormada, como el caso de los jóvenes cholos no heterosexuales –algo que se trata en el capítulo «Sexualidad e identidad masculina en jóvenes cholos» de Salvador Cruz Sierra– inmoviliza y oprime a quien debe de ostentar derechos de libertad y seguridad.

El marco y los cimientos de la representación de la juventud y de la precariedad, cada vez más acentuada y que la caracteriza, adquieren bases globales y formas delineadas por el mercado, como los llamados *millennials*, sujetos masa a quienes la industria dota de rostro y les hace parecer como lo más cercano a una realidad. Es cierto que el devenir de ciertas formas de ser joven

son efecto de la interdependencia global y local, donde factores económicos, socioculturales y políticos generan desplazamientos subjetivos/simbólicos, pero también movimientos migratorios, movilizaciones humanas como las de mujeres transexuales latinoamericanas que piden asilo al país vecino del norte, reconfiguraciones de identidades, resistencias y nuevas formas colectivas emergentes de ser y de expresarse de las nuevas generaciones.

En «Repensar las masculinidades: Experiencias radicales en la *cultura del fitness*», Matilde Margarita Domínguez Cornejo plantea que las exaltaciones de las masculinidades, o de las hípermasculinidades, en formatos de machismo recargado, pueden cobrar al menos dos vertientes: por un lado, la del rediseño estético, a través de su intervención usando las tecnologías del yo, como los artefactos culturales del gimnasio y el uso de drogas como los *anabólicos*, a fin de esculpir el cuerpo hasta los límites de lo saludable, alimentados desde el imaginario individual y colectivo de la fuerza y de la hombría; y por otro, bajo el mismo esquema de la masculinidad dominante se activan y detonan las violencias contra otros, con la intención de poner a prueba ante los demás y, ante sí mismos; la hombría, la virilidad, el arrojo, la valentía y lo temario, que redundan principalmente cuando se está adscrito a una identificación de la grupalidad, ya sea *mara*, *pandilla*, *latin king*, *bato loco* o *cholillo*, para obtener respeto y prestigio social, tanto en los registros de lo simbólico –lo que representa y lo que significa– como en lo real –ser temido por los demás–.

Si en el cuerpo o en las corporalidades también se anidan y se instalan las subjetividades y las emociones o emotividades –como apuntan Genoveva Echeverría Gálvez y Sally Reiss en «Del emocionar en jóvenes chilenas: Un habitar fronterizo»–, entonces podemos leerlas de igual manera que los reservorios de las identidades individuales o de las identificaciones colectivas, a determinados agrupamientos o adscripciones sociales juveniles –Lolitas, entre otros–. Dichos rasgos identitarios se ven y se observan en las corporalidades, en su diseño estético o en su fenotipo –como galerías ambulantes– por lo que algunas



son más *desacreditadas* o *deterioradas* (Goffman, 1993) que otras, como lo son las *negritudes* –los afro descendientes–, los de las zonas populares o los excluidos y marginados de siempre.

En «Reflexiones teórico-metodológicas en los territorios y en los bordes de los conflictos, las tensiones y las violencias sociales», Alfredo Nateras Domínguez plantea las siguientes cuestiones: ¿qué hacer ante las violencias sociales? ¿Qué dispositivos teórico-metodológicos y de inmersión son más potentes y eficaces, contemporáneamente hablando, ante las violencias, en particular, las de muerte? Interrogantes que por lo común se dirigen a las academias de la investigación, los intelectuales; las instituciones del Estado –a sus funcionarios–; los partidos y sus políticos; las organizaciones de la sociedad civil; la pastoral urbana (Martínez, 2015) y a todos aquellos actores y sujetos sociales que, de alguna u otra manera, están relacionados en sus avatares.

Las viejas tradiciones emanadas de mediados del siglo XX en adelante diseñaron políticas y programas específicos bajo la lógica de la *integración social* del individuo, la persona, el joven o el *pandillero*, cuyo espíritu funcionalista, iba encaminado a una serie de estrategias bajo las narrativas de la *seguridad pública y ciudadana*, de la dicotomía víctima-victimarios de la delincuencia, que decantaron los discursos de la prevención temprana o mejor referida como prevención primaria –llegar antes de–, la prevención secundaria –el tratamiento– y la prevención terciaria –la rehabilitación– de todas aquellas conductas *anómicas* o comportamientos individuales y colectivos antisociales, asociados al delito, la criminalidad o la denominada *delincuencia juvenil* (Vanderschueren y Lunecke, 2004). Cabe mencionar que dichas estrategias partieron –y todavía lo hacen– de las lógicas narrativas de la salud mental o la salud social, dictadas por organismos supranacionales como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización Panamericana de la Salud (OPS).

A finales de la década de 1970 y 1980, particularmente en América Latina, las regiones se convulsionaron de una manera demasiado violenta, tanto por las experiencias terribles de las dic-

taduras militares –en Argentina, Chile, Guatemala y Uruguay, incluyendo la dictadura perfecta que mencionó Vargas Llosa para el caso mexicano–, como por los estallidos sociales en formatos de revoluciones, que configuraron un enfrentamiento brutal entre los ejércitos nacionales y los movimientos sociales o guerrillas revolucionarias locales en El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Argentina, Brasil, Perú y, Uruguay, donde el sujeto social más afectado y diezmado fueron las juventudes, en su gran mayoría hombres.

Desde principios de la década de 1990, teniendo como paradigma, por una parte, la transición a la democracia y, por la otra; los acuerdos de paz, que formalmente daban por terminadas las guerras en Centroamérica (Armijo y Toussaint, 2015), se empezaron a construir las narrativas y los dispositivos de intervención, a partir de lo que se mencionó como *la educación para la paz*, y que posteriormente evolucionó bajo la denominación de *la cultura de la paz* (Carazo, 2001), ahora muy en boga en El Salvador, Honduras, Guatemala, Colombia y México, principalmente.

Uno de los principios de la cultura de la paz se basa en la pedagogía, es decir, en enseñar a los sujetos y a los diversos actores sociales el valor de la democracia, el respeto a los derechos humanos, la tolerancia a la diferencia cultural del *otro* o de los *otros*, anclados en la justicia social, la equidad de género y, sobre todo, la construcción de ciudadanías (juveniles), cuyo pivote es generar acción social y participación colectiva de la comunidad. Ligado con lo anterior, se han promovido agencias juveniles en formatos de colectivos culturales y movimientos sociales, que articulados con la comunidad y las organizaciones de la sociedad civil, desde dispositivos dialógicos, colaborativos y artísticos, están haciéndole frente a las violencias sociales –de muerte– como puede verse en «Configuración y reconfiguración de subjetividades, saberes, prácticas y territorios juveniles en Medellín» de Alexandra Agudelo López, Rodrigo Villada López y Lina Marcela Patiño.

De aquí se ha desprendido una estrategia, cada vez más socorrida, en lo referente al uso del arte y la cultura como un posicionamiento en el orden *de lo político* y una intervención en los registros de lo real y lo simbólico, a fin de mediar las tensiones y los conflictos sociales, como pueden ser las violencias, a través del arte callejero o urbano; ya sean grafitis, estenciles, murales, instalaciones, *performances*; teatro; música –*hip hop, rock, rap*–; danza; videos y filmes. Por ejemplo, en El Salvador, a partir de la firma de los acuerdos de paz en 1992, se crea un colectivo o asociación denominada Tiempos Nuevos Teatro (TNT), formada por jóvenes vinculados a los esfuerzos de la educación popular; o en San Pedro Sula, Honduras, está Jóvenes Hondureños Adelante, Juntos Avancemos (JHAJA), asociación civil de jóvenes que trabaja haciendo comunidad, bajo el eslogan de «Sin armas ni violencia», a través de enseñar el grafiti y el muralismo a los integrantes de las *maras* y las *pandillas*, en el intento de disminuir las violencias en los barrios.

La gran aspiración de la academia de la investigación, que es una intervención en lo real y en lo simbólico de las asociaciones de la sociedad civil, los colectivos culturales y los movimientos sociales (juveniles), es influir en el diseño de las políticas públicas, los gestores culturales y la voluntad de los políticos; a fin de transitar de políticas de gobierno, en lo que atañe a las violencias sociales, a políticas de Estado, lo cual implica imaginar, qué tipo de nación o de país queremos ser, para formar a las juventudes que deseamos tener, en espacios más democráticos y justos socialmente, algo de lo que habla Carlos Mario Perea Restrepo en «¿Por qué no hay maras en Nicaragua?».

*Juventudes en fronteras. Identidades, cultura y violencia* pretende delinear algunos de los trazos de los discursos y las narrativas que enmarcan determinados escenarios geográficos, políticos, económicos y socioculturales, donde viven los y las jóvenes en Latinoamérica y España –como, por ejemplo, las vivencias de las migraciones forzadas e ilegales en «Juventudes fronterizas, ¿juventudes sin fronteras? Identidades juveniles en

los bordes del Mediterráneo» de Carles Feixa Pampols y José Sánchez García–, que reimprimen configuraciones identitarias, afectivas, eróticas y políticas diferenciadas con respecto a generaciones anteriores. Es en los países con mayores desigualdades e índices de pobreza y rezagos insultantes en materia de desarrollo –como sucede en América Latina– donde las violencias y las violaciones a los derechos humanos son una realidad más dolorosa, inapelable e inaceptable.

El presente documento es un esfuerzo colectivo que aporta, desde diferentes disciplinas y metodologías, insumos para una reflexión sobre la condición juvenil en contextos de alta violencia. No se pretende victimizar ni mostrar únicamente el dolor, ni mucho menos mantener un cómodo pesimismo, sino poner en primer orden la urgencia de parar el asesinato físico y moral de hombres y mujeres jóvenes. En este esfuerzo, producto de una reunión de discusión académica, colaboran investigadores e investigadoras con productos de investigación rigurosa, trabajos de tesis de posgrado y resultados de experiencias de intervención. Todo ello, fruto de un seminario internacional sobre jóvenes en fronteras, realizado en Ciudad Juárez, Chihuahua, en el mes de marzo de 2016, seis años después del asesinato de 17 jóvenes que departían en una fiesta privada en la colonia Villas de Salvárcar.<sup>4</sup>

### *Estructura del documento*

El presente volumen se organiza en cuatro apartados: Estructura y singularidad de la violencia *juvenicida*; *Juvenicidio* en América Latina y España; De sexualidades y cuerpos y Desde la producción y la acción cultural.

<sup>4</sup>A las 00:03 horas del 31 de enero de 2010, 15 hombres armados descendieron de 4 vehículos para dar muerte a 17 hombres y mujeres jóvenes, y dejando lesionados a un número similar, que convivían en una fiesta privada en la colonia Villas de Salvárcar, según lo reportaron los medios periodísticos locales.

En Estructura y singularidad de la violencia *juvenicida* se proporciona un panorama regional, global y fronterizo de los factores económicos, sociales, culturales y migratorios que han conformado las bases de la actual violencia *juvenicida*, que se padece, al menos de forma más aguda, en los países no desarrollados y por ciertas *identidades deterioradas/desacreditadas* (Goffman, 1993). A su vez, se hace una reflexión desde la academia de la investigación como modalidad de intervención acerca de las tensiones y los conflictos cuando se trabaja en estas situaciones y con sujetos al límite, en los bordes y en las fronteras de la *paralegalidad*<sup>5</sup> y de las violencias (de muerte).

En este apartado, el capítulo de Alfredo Nateras Domínguez, «Reflexiones teórico-metodológicas en los territorios y en los bordes de los conflictos, las tensiones y las violencias sociales», hace una reflexión crítica con respecto al posicionamiento y a la parte subjetiva del investigador o investigadora, cuando estudia e interviene lo correspondiente a las violencias sociales –en particular, las de muerte–. Señala, además, los aspectos relevantes e importantes a problematizar en los dispositivos teórico-metodológicos a utilizar o emplear, en la investigación sociocultural compleja, entendida como una intervención tanto en los registros de lo real como en lo simbólico.

La aportación de José Manuel Valenzuela Arce con «Juventudes: Fronteras, transitividades y femi-juenicidio» marca la importancia de situar a las juventudes en sus contextos, en este caso el de la frontera entre México y Estados Unidos. Reflexiona sobre la transición juvenil como fronteras y su construcción está relacionada con las categorías de género, generación, lo étnico, lo racial y lo nacional. A su vez, estudia los agrupamientos juveniles fronterizos o transnacionales, como los *pachucos*, los *cholos* y la *Mara Salvatrucha*, y agrega como casos analíticos y paradigmáticos del patriarcado y lo adultocrático, el *feminicidio* y el *juenicidio*, respectivamente.

<sup>5</sup>La *paralegalidad* alude a todas aquellas prácticas sociales con otro registro o lógica *de verdad*, por ejemplo, el comercio informal.

Desde Argentina, Andrea Bonvillani aborda en «Los resortes subjetivos de la dominación policial: El asesinato de jóvenes de sectores populares de Córdoba, Argentina», cómo la recepción y la representación de una parte de la sociedad cordobesa de las manifestaciones juveniles se basa en percepciones claramente racistas, clasistas y xenofóbicas de esta expresión juvenil, pues atribuyen a esta un comportamiento anómico, violento y desagradable. Para esta sociedad, los jóvenes manifestantes son vinculados con la negritud, la criminalidad y el desecho social.

En el apartado, *Juvenicidio* en América Latina y España, se concentran aportaciones que abordan contextos sociales y relaciones específicas de violencia de la población joven y marginada en diversas ciudades de México y otros países. Los escenarios de violencia, de conflictos de pandillas adheridas o no a grupos criminales locales o transnacionales, la migración ilegal y forzada, entre otros fenómenos, son generadores de transformaciones y de procesos culturales transfronterizos y transnacionales. De igual manera, las identidades, las prácticas culturales y corporales de los jóvenes varones en contextos de violencia son temas debatidos en esta sección.

En el capítulo de Carles Feixa Pampols y José Sánchez García, «Juventudes fronterizas, ¿juventudes sin fronteras? Identidades juveniles en los bordes del Mediterráneo», se plantea la paradoja entre la juventud como condición fronteriza y a la vez como condición sin fronteras, al analizar la migración ilegal en el mar Mediterráneo, las bandas latinas en Barcelona y los movimientos juveniles más recientes en Europa y África.

Por su parte, Laura Talina Hernández Baca trae al análisis la situación de los menores infractores desde una perspectiva de los estudios de las masculinidades. En su trabajo: «Juventudes marginadas: Vivir en la frontera de la identidad masculina», muestra el peso del estigma y las condiciones de precariedad económica en la configuración de la identidad masculina ligada, pero distante con el modelo dominante, de estos jóvenes que construyen su ser hombre en razón de las disputas entre sus

pares por el sentido de lo masculino al incurrir en prácticas criminales, y que finalmente les ha llevado al castigo penal y a pagar su sentencia en situación de privación de la libertad.

María Eugenia De la O Martínez, en «Ser joven en tiempos violentos: Los casos de Matamoros y Ciudad Juárez», proporciona un marco explicativo de la condición de marginalidad, criminalización y violencia a la que está expuesta la población joven precarizada en estas ciudades vinculadas fuertemente con el crimen organizado. Para esta investigadora, los jóvenes varones de la frontera norte de México son mercancías con precio, víctimas circunstanciales y producto de un sistema que los excluyó del bienestar social y de los beneficios del capitalismo, que los engloba pero los despoja de sus posibilidades de vida.

En el apartado De sexualidades y cuerpos, se aborda el tema de la sexualidad como una categoría que engloba diversos aspectos, incluidas las prácticas eróticas, los sistemas afectivos, el cuerpo y la identidad sexual; interactúan, se combinan y adquieren primacía en diversos momentos del desarrollo individual y grupal dentro de contextos sociales específicos. La forma de entender la sexualidad considera tanto aspectos psicofisiológicos como socioculturales y simbólicos, por ello, su complejidad y particularidad.

Salvador Cruz Sierra, en su capítulo «Sexualidad e identidad masculina en jóvenes cholos», analiza la forma en que la identidad del joven cholo se configura a partir no de la categoría de juventud *per se*, sino de ese sujeto social estigmatizado y criminalizado, pero que se erige desde la heteronormatividad y representado bajo la figura del macho hípermasculinizado; donde la violencia y el desafío hacia el otro enmascaran la emocionalidad más sentida. La masculinidad resultante es, por demás, misógina y homofóbica, pero que a la vez oculta la renuencia a la dependencia afectiva de las mujeres y a las prácticas homoeróticas, que en algunos casos forman parte de la experiencia y construcción de estas masculinidades.

Por su parte, Genoveva Echeverría Gálvez y Sally Reiss en «Del emocionar en jóvenes chilenas: Un habitar fronterizo»,

analizan los vínculos afectivos de jóvenes chilenas para pensar el lugar de lo afectivo-emocional como un componente central en el despliegue de lo juvenil, y donde el cuerpo es un medio privilegiado para la socialidad y cercanía afectiva o para la distancia y dificultades para la intimidad. Al cuerpo-emoción se le sobre-es escenifica, se le dota de agencia y se toma como herramienta cotidiana para el ejercicio poder-resistencia en las relaciones que establecen con los hombres.

El tema del cuerpo juvenil masculino, de aquellos que se adhieren a una estética atlética y de belleza según los estándares dominantes, atiende a una tecnologización y administración de suplementos que lo construyen y modelan a costa de contravenir la salud y los patrones de la masculinidad hegemónica. En este orden de ideas, Matilde Margarita Domínguez Cornejo aborda los efectos identitarios, afectivos y patógenos en el cuerpo masculino desde los estudios de género en «Repensar las masculinidades: Experiencias radicales en la *cultura del fitness*».

En el último apartado, Desde la producción y la acción cultural, se ofrecen experiencias y políticas sociales dirigidas a las juventudes, para fomentar una cultura de la paz y que constituyen un campo de trabajo que pretende, entre otros aspectos, construir y desmontar las formas en las que se han conformado diversas expresiones de la violencia social y personal, por ejemplo, el hacer de los colectivos culturales juveniles y sus implicaciones en las relaciones entre sociedad civil y gobierno. En este sentido, esta sección pretende abrir un espacio para la difusión y la reflexión de la importancia de la configuración de una cultura de la paz y proponer formas de convivencia fuera de la coerción, la opresión y los daños físicos y psicológicos entre las personas.

Bajo esta tónica, se presenta la experiencia de Colombia en el ensayo de Alexandra Agudelo López, Rodrigo Villada López y Lina Marcela Patiño, denominado «Configuración y reconfiguración de subjetividades, saberes, prácticas y territorios juveniles en Medellín», donde exponen el trabajo desarrollado en 2015 con el proyecto Configuración y reconfiguración



de subjetividades, saberes, prácticas y territorios juveniles en América Latina y el Caribe, como un medio, a fin de visibilizar las activaciones territoriales juveniles y poner a discusión las políticas públicas sobre juventud, así como ponderar las luchas que emprenden los colectivos y organizaciones juveniles en esta ciudad, para abatir las situaciones de violencia a que está expuesta la juventud colombiana. La comprensión de la condición juvenil, el trabajo político y el uso del arte como medio de intervención representan en esta experiencia un camino para favorecer el respeto de los derechos humanos y la cultura de paz en las poblaciones que han sido devastadas por la violencia.

El trabajo presentado por Carlos Mario Perea Restrepo, «¿Por qué no hay maras en Nicaragua?», plantea las particularidades de la expansión de la identidad de los jóvenes de las maras en Centroamérica, las políticas de seguridad implementadas por los gobiernos, el papel de la policía y la sociedad civil, así como los procesos culturales transnacionales. Desde una perspectiva histórica y global, se analizan los factores económicos y políticos que posibilitaron ciertos flujos migratorios que propiciaron a su vez el asentamiento de las maras en El Salvador pero no, al menos en la misma intensidad, en Nicaragua.

Por último, se quiere expresar lo siguiente: si este libro como tal le dice algo a los lectores anónimos –sean quienes fueren– o les crea cierto sentido y significado algún autor, tema, capítulo o incluso varios, principalmente a las y los sujetos sociales más afectados por las violencias sociales –de muerte–, es decir, a las juventudes transfronterizas/transnacionales, entonces valió la pena coordinarlo y escribir lo que nos correspondió, ya que en el imaginario académico nos llevamos la fantasía de que su lectura podría tener cierta utilidad social y, al menos creer, que un mundo donde quepan todos los mundos es realmente factible y posible, en el aquí y en el ahora social.

## Referencias

- Armijo, N. y Toussaint, M. (Coord.). (2015). *Centroamérica después de la firma de los acuerdos de paz. Violencia, fronteras y migración*. México: Instituto de Investigaciones Dr. José M<sup>a</sup> Luis Mora.
- Bercovich, S. y Cruz, S. (Coords.). (2015). *Topografías de las violencias. Alteridades e impasses sociales*. Tijuana: El Colef.
- Carazo, R. (Comp.). (2001). *Violencia y paz en América Latina*. Costa Rica: Libro Universitario Regional.
- Goffman, E. (1993). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Juárez, J. y Aduna, A. (Coords.). (2015). *Alzando la voz por Ayotzinapa*. México: Ediciones del Lirio/UAM-Iztapalapa.
- Martínez, L. (Ed.). (2015). *La pastoral de las grandes ciudades*. México: PPC Editorial.
- Muñiz, E. (Coord.). (2010). *Disciplinas y prácticas corporales. Una mirada a las sociedades contemporáneas*. México: Ediciones del Lirio/UAM-Azcapotzalco.
- Nateras, A. (Coord.). (2016a). *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas. Tomo I: Violencias y aniquilamiento*. México: GEDISA/UAM-Iztapalapa.
- Nateras, A. (Coord.). (2016b). *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas. Tomo II: Problematizaciones (embarazo, trabajo, drogas, políticas)*. México: GEDISA/UAM-Iztapalapa.
- Saraví, G. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*. México: CIESAS/Publicaciones de la Casa Chata.
- Saraví, G. (2015). *Juventudes fragmentadas. Socialización, clase y cultura en la construcción de la desigualdad*. México: FLACSO/CIESAS.
- Valenzuela, J. (2012). *Sed de mal. Feminicidio, jóvenes y exclusión social*. México: UANL/El Colef.
- Valenzuela, J. (Coord.). (2015). *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. Barcelona/Guadalajara/Tijuana: El Colef/NED/ITESO.

Vanderschueren, F. y Lunecke, A. (Coord.). (2004). *Prevención de la delincuencia juvenil. Análisis de experiencias internacionales*. Chile: Universidad Jesuita Alberto Hurtado/BID/Gobierno de Chile/Ministerio del Interior.

Young, I. M. (1990). *La justicia y la política de la diferencia*. Madrid: Ediciones Cátedra.

Estructura  
y singularidad  
de la violencia  
*juvenicida*



REFLEXIONES TEÓRICO-METODOLÓGICAS EN LOS  
TERRITORIOS Y EN LOS BORDES DE LOS CONFLICTOS,  
LAS TENSIONES Y LAS VIOLENCIAS SOCIALES

Alfredo Nateras Domínguez

*Planteamiento*

Preguntarse hoy por las ciencias sociales, humanísticas y culturales, como lugares de análisis y comprensión, en este siglo XXI, especialmente violento, desbordante, confuso y convulsionado –independientemente de las narrativas y los discursos disciplinares de enunciación a los que se pertenezca– conlleva necesariamente tener que reflexionar qué hacer, tanto en lo que corresponde a los andamiajes teórico-teoréticos, así como en lo referente a los dispositivos y las estrategias metodológicas-técnicas utilizadas, armadas y diseñadas en su amplitud en el siglo XX. Parece ser que estamos atrapados en los preceptos de la modernidad *tardía* –que aún habilitan la inmersión y la interpretación, en el todo social complejo (Morin, 1990), aunque cada vez más, con serias dificultades y varios predicamentos–.

Para ir desmontando tal atrapamiento, quizás valdría evocar y parafrasear al psicoanalista, psiquiatra y filósofo francés, Jacques Lacan<sup>1</sup> (1901-1981) quien postulaba, por una parte, el *retorno a*

<sup>1</sup>Para más información acerca de los postulados, se puede consultar: *El psicoanálisis del lenguaje y del imaginario* de Jacques Lacan (2017) y *Lacan* de Anika Rifflete-Lemarire (1981).

*Freud*, es decir, volver a leerlo a la luz del avance de las ciencias sociales, humanísticas y culturales; por ejemplo, en su momento, desde el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss o a partir de la lingüística y la antropología estructural. Por la otra, *poner a prueba/poner a trabajar* los presupuestos teóricos, las categorías y las dimensiones de análisis –junto con los autores correspondientes– frente a los nuevos contextos –sociales, culturales, económicos, políticos e históricos– a fin de ver la vigencia, la pertinencia, la potencia de explicación y de comprensión de esos referentes o corrientes teórico-metodológicas, frente a esas realidades sociales complejas; estrategia para alejarse de los *dogmatismos*, de los conocimientos y saberes cristalizados o estancados, fijos e inamovibles. Y, quizás, es necesario también utilizar las estrategias y los dispositivos desconstruccionistas –armar y desarmar, constantemente, esos conocimientos y esos saberes–.<sup>2</sup>

En gran medida, las realidades socioculturales que se están viviendo y sintiendo, particularmente en América Latina, son muy complejas (Morin, 1990) y, algunas demasiado dolorosas a nivel de lo social,<sup>3</sup> que conllevan ciertas emociones, afectividades y estados de ánimo individuales como colectivos, ya sean de tristeza, melancolía, de desesperanza, indignación, rabia, enojo o miedo ante la inmigración y la migración forzada; el aniquilamiento de las *pandillas* transnacionales; o la constante violación a los derechos humanos; la homofobia; las desapariciones, también forzadas; la violencia de género –el *feminicidio*–; la pobreza extrema; la corrupción e impunidad galopante; el horror y la brutalidad del

<sup>2</sup>Para el psicólogo social español Tomás Ibáñez (1994), la patrona de la disciplina desde un dispositivo desconstruccionista es *Penélope*; ya que deshacía/destejía en la noche, lo que tejía en el día, es decir, construir y desconstruir.

<sup>3</sup>Con respecto al interesante concepto del dolor social, consultar el trabajo de Salvador Arciga y Octavio Nateras (2002). Los autores sostienen que la teoría del dolor social está inserta dentro de la psicología colectiva. Dicha teoría, en términos amplios, alude al dolor de una época que a todos afecta –aunque diríamos, de manera diferenciada– y configura el tono y el matiz del ánimo colectivo.

crimen organizado; el descrédito de los partidos políticos –con todo y sus políticos–; los asesinatos –especialmente de periodistas, líderes o activistas sociales y de derechos humanos–; las ejecuciones extrajudiciales; o el juvenicidio (Valenzuela, 2012, 2015).

En este sentido, a la luz de tales problemáticas –sólo por mencionar éstas– tendríamos más interrogantes, tensiones y conflictos, desde lo teórico-metodológico, que posibles respuestas y casi ninguna certeza. Por lo que el anclaje, o la centralidad de este ensayo, será desde el lugar de quien investiga o interviene en los registros de lo real como en lo simbólico, en lo correspondiente a las violencias sociales –a los conflictos y a las tensiones colectivas– en el entendido de que la academia de la indagación, es en sí misma, una intervención de lo real complejo.

Ese anclaje o centralidad, a partir del sujeto que investiga e interviene siguiendo a Vasilachis (2006), conlleva a situarse desde una epistemología del sujeto que conoce, articulada con una epistemología del sujeto conocido, en tanto relación social/relación dialógica de sujeto a sujeto. Tal vínculo intersubjetivo se entretendrá, en función de las siguientes preguntas que le darán los tonos, los ritmos y las tesituras a la estructura de exposición de este texto: *a)* ¿Cuál es el sitio de enunciación teórico-metodológico del sujeto que investiga? *b)* ¿Cuál es su posición política? *c)* ¿Para qué investigamos lo que investigamos e intervenimos lo que intervenimos? *d)* ¿Cómo objetivar la parte subjetiva de quien investiga y cómo sería su manejo teórico-metodológico? *e)* ¿Cuál sería la utilidad social de lo que investigamos y, por consiguiente, de lo que intervenimos? *f)* ¿Qué hacemos con eso de lo que investigamos y de lo que intervenimos? *g)* ¿Cuáles serían los aspectos a considerar con respecto a la *ética* cuando nuestros sujetos están en los umbrales, en los límites de la *paralegalidad*<sup>4</sup> y, además, cargando con una *identidad deteriorada o desacreditada*? (Goffman, 1993).

<sup>4</sup>La *paralegalidad* se concibe como un registro colateral de la legalidad con sus propios códigos, normas y lógicas de *verdad* como, por ejemplo, el comercio informal.



### *Acerca del posicionamiento*

Lakoff y Johnson (1980), sostienen que a través de las metáforas que empleamos en la vida cotidiana podemos pensar y sentir la realidad social. En este tenor, se ha construido una a fin de reflexionar las violencias sociales, denominada *el mercado y el festival de las violencias*, con la idea de dar cuenta –decir una cosa para dar a entender otra– de algunas de sus características: el estallamiento, el desborde, lo grotesco, lo burdo, lo absurdo, el horror o lo siniestro,<sup>5</sup> así como de los distintos protagonistas o actores sociales que están ejerciéndola y llevando a cabo, nombrados por Tilly (2003) *profesionales de las violencias*, que podemos reconocer y ubicar con claridad como delincuentes comunes, sicarios, narcotraficantes, policías, militares, paramilitares, mercenarios, escuadrones de la muerte, agrupamientos de limpieza social y fuerzas especiales o de élite.

En este sentido, el investigador o investigadora que se enfrenta al escenario de *el mercado y el festival de las violencias* y a las estéticas de lo siniestro (Freud, 1978), por ejemplo, quienes están trabajando en la reconstrucción de historias de vida de *sicarios*,<sup>6</sup> o desde los estudios de caso de los *dealers* –vendedores de drogas al menudeo–, o aquellos o aquellas que abordan el asunto del feminicidio, tendrían que preguntarse, por lo menos, lo siguiente: a) ¿Cuál es el lugar de su enunciación, a nivel teórico-metodológico? –epistemología del sujeto cognoscente– b) ¿Cuál sería su posicionamiento político como sujetos

<sup>5</sup>Para Freud (1978), lo siniestro tiene que ver, en términos generales, con una estética de lo angustiante, lo espantable, lo espeluznante, e incluso, lo demoníaco.

<sup>6</sup>Existe una amplia literatura en América Latina de colegas y periodistas al respecto, por ejemplo, pueden consultarse algunos de los siguientes trabajos: *No nacimos pa'semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín* de Salazar (2002); *La Virgen de los sicarios* de Vallejo (1994); *Balas por encargo. Vida y muerte de los sicarios en Colombia* de Álvarez (2013); y *Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis* de Chacón (2016).

que investigan a los sujetos de la indagación? –epistemología del sujeto conocido– (Haraway, 1991; Vasilachis, 2006).

Esto conlleva a reconocer que como académicos, investigadores o etnógrafos tenemos ciertas adscripciones, *abrochamientos* o afiliaciones teórico-metodológicos, con respecto a determinados enfoques y corrientes de pensamientos, así como a ciertos autores, intelectuales o librepensadores, que influirán y marcarán, sin duda alguna, la manera en que definamos nuestra temática y la particular construcción de nuestros sujetos y de nuestro objeto de estudio; en otras palabras, implica contar con una concepción *ontológica* –la concepción de la naturaleza de la realidad social–; una postura *epistemológica/epistémica* –el tipo de vínculo del investigador con respecto a lo estudiado–; lo *axiológico* –los valores de quien investiga– y lo *metodológico* –implica el proceso de investigación– (Vasilachis, 2006). Por lo que, derivado de lo anterior, no existe una posición neutra, aséptica y pulcra del investigador, ya que ese lugar de la enunciación o del posicionamiento –sea cual sea éste– deriva inevitablemente en un elemento/cualidad –a nivel de lo político– en el tipo de relación social que se establezca con el sujeto conocido.

Esto es de vital importancia, ya que implica tener que situarse, en primera instancia, en el entramado de la relación social –la *intersubjetividad*– que se vaya estableciendo y construyendo, entre el sujeto que investiga con respecto a los sujetos de la indagación, es decir, de la epistemología del sujeto cognoscente a la epistemología del sujeto conocido (Vasilachis, 2006). Esto es importante e interesante, ya que conlleva la idea del establecimiento de un vínculo de sujeto a sujeto, lo que marcará en gran medida tanto una relación horizontal y un anclaje al contexto –económico, político, cultural, social– como a los sujetos situados en esos contextos; los cuales hay que entenderlos no como principios estructurales/deterministas sino como claves hermenéuticas/interpretativas, que facilitarán de la mejor manera posible, la comprensión de las realidades socioculturales complejas (Morin, 1990), de las que se trate y de las que haya lugar.

Este aspecto de situarse en ese entramado de la *intersubjetividad* orillará al investigador, en algún momento, a tener que reflexionar, reflexionándose –la autorreflexividad– lo siguiente: ¿Por qué investigo lo que investigo y no otra cuestión? ¿Por qué intervengo lo que intervengo y no otro asunto? ¿Qué tiene que ver lo que hago con respecto a mi género, mi clase social, mi nacionalidad y al lugar geográfico o a la etnicidad a la que pertenezco? ¿Qué hay con mi *yo individual* (lo personal) y mi *yo social* (lo colectivo) en la relación social –la *intersubjetividad*– con el sujeto conocido?

Esto, invariablemente, lleva a apuntar, de nueva cuenta y más definido, a la parte subjetiva del investigador o de quien interviene determinada realidad, en el proceso de la reconstrucción de la subjetividad social de las y los otros; o como refería Clifford Geertz (1994), desde la doble hermenéutica: reconstruir o interpretar la interpretación que da el otro a su mundo social, a su mundo fenoménico (Schütz, 1993); más que nada, o sobre todo, ¿cómo manejar la subjetividad? Tanto desde las coordenadas de su reflexión –la autorreflexividad– como a su uso teórico-metodológico, en la prosa o la narrativa que se esté construyendo, o del texto que se ande escribiendo, o la tesis que se está por concluir.

Entre otras cuestiones, George Devereaux (1977) afirmaba que el dato, o la parte más importante de la investigación, es precisamente el investigador (actualmente esta idea puede ser discutida desde una postura epistemológica). Por su parte, desde los planteamientos de la teoría antropológica de la reflexividad, Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant (1995) se preguntaban cómo objetivar la parte subjetiva del sociólogo, el etnógrafo o el investigador. De igual manera, hay un debate en torno a los límites de la reflexividad/autorreflexividad. El gran epistemólogo Gastón Bachelard (1982) refería acerca de la vigilancia epistemológica que debería guardar siempre todo hombre de ciencia en sus ideas acerca de *la formación del espíritu científico*. Y Tomás Ibáñez (1994), desde la psicología social –como

ya se había comentado líneas atrás–, propone la metáfora de *Penélope*, como la patrona de la disciplina, en el entendido de que el psicólogo social tendría que tejer determinado tipo de conocimiento y saber para luego destejerlo –construir y deconstruir– interminablemente, es decir, considera a la psicología social como un dispositivo deconstruccionista.

En este tenor, no dudaría en señalar que hasta ahora todo lo aquí planteado cobra una gran relevancia y trascendencia, a partir del gran auge y la amplia presencia de las estrategias teórico-metodológicas de la investigación cualitativa, interpretativa o comprensiva (García y Manzano, 2010), que una gran parte de las disciplinas sociales, humanistas y culturales están empleando –dado el agotamiento y el retroceso de la metodología cuantitativa de corte experimental y de pensamiento positivista– en virtud de que la tendencia es claramente apuntar a reconstruir las subjetividades sociales de los sujetos conocidos desde una relación social horizontal, dialógica y colaborativa con *los otros*. Se trata también de reconstruir los sentidos, los significados, la significación o las representaciones sociales (Moscovici, 1979; Jodelet, 1986) –pensamiento construido en común o colectivo– que las personas edifican y otorgan a su mundo social o fenoménico (Schütz, 1993), en colaboración entre el sujeto que conoce con los actores conocidos.

En términos de los planteamientos vertidos de manera general con respecto a la idea del quehacer u oficio del sociólogo (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1987) y, por extensión y amplitud, del psicólogo social, del antropólogo, del historiador de ciencia política o simplemente del científico social (Bourdieu, 2003); aunado a una visión instrumental, práctica, o de procedimiento teórico-metodológico-técnico, se sugiere a los investigadores: vaya a donde está el actor; vaya a donde está la gente; reconstruya su punto de vista, los sentidos y los significados que le otorga a su realidad, a su vida cotidiana (Taylor y Bogdan, 1992).

Para esto, se apoya utilizando todo un arsenal de técnicas, instrumentos y herramientas para la construcción del dato o

la edificación de la evidencia empírica, a saber: etnografía unisituada o multisituada (Marcus, 2001); observación directa o indirecta; diarios de campo; entrevistas en profundidad; historias de vida; análisis de conversaciones; estudios de caso; análisis de datos personales; grupos focales; grupos de reflexión o de discusión; mapas mentales; fotografías, videos o films. Aquí, el valor a destacar es que estamos ante situaciones o contextos *naturales*, es decir, donde se construyen y se tejen las vidas cotidianas de los actores sociales sin desatender el matiz en el aspecto epistemológico, en otras palabras, la cualidad de cómo se va con la gente/el sujeto y, más que nada, resaltar el tipo de relación intersubjetiva construida.

Es claro, que a través del andamiaje teórico-metodológico-instrumental que se haya edificado –desde la academia, la investigación y la intervención– lo que hacemos en primera instancia es construir determinado tipo de saberes y de conocimientos, junto con nuestros sujetos conocidos de una forma colaborativa, que posiblemente nos ayudarán a entender y comprender de mejor manera, cómo se producen y reproducen los sujetos o los actores sociales, en el complejo entramado socio-cultural que nos haya interesado indagar y, así incidir, de una manera concreta, en esa realidad social, sea cual sea ésta.

Lo ideal o la aspiración, de una parte de las academias, es que en algún momento esos conocimientos y saberes edificados con nuestros colaboradores impacten en la hechura de las políticas públicas, aunque hay que decirlo y reconocer que eso depende no de la cualidad o la calidad de la investigación o la intervención correspondiente sino de la voluntad política de los funcionarios en turno que, en su mayoría, son unos analfabetos funcionales con cargos y poder de decisión. Y, a veces, su moral privada, pretenden hacerla política o convertirla en programas públicos, situación totalmente inaceptable. Incluso, mediante supuestas posturas inclusivas y, al momento de conocer los respectivos materiales culturales solicitados, como por ejemplo libros, tienden a censurarlos y controlarlos.

Por consiguiente, se podría preguntar lo siguiente: ¿qué utilidad social tendría la indagación o la intervención que hemos llevado a cabo? y ¿qué hacemos con eso de lo que hemos investigado? Hay que construir una heterogeneidad y diversidad de narrativas, discursos y argumentos teóricos subalternos, lo suficientemente sólidos y robustos y con solvencia etnográfica o empírica, que entren en el interjuego de la disputa en la creación de sentidos y de significados, con respecto o en relación, a las narrativas y los discursos hegemónicos/dominantes del decir y del nombrar, cuando se dice, o se nombra, por ejemplo, a través de los medios masivos de comunicación –ya sean escritos (periódicos, revistas) o electrónicos (radio, televisión)– incluyendo ahora a las tecnologías de la información y de la comunicación (TIC), las redes sociales pues; acerca de las violencias, el *feminicidio*, el uso social de drogas, el aborto, los tatuajes, o alguna adscripción identitaria juvenil *deteriorada* o *desacreditada* (Goffman, 1993). Por lo común, tales discursos están plagados de prejuicios, estigmas y estereotipos.

En lo que atañe propiamente a la investigación-intervención,<sup>7</sup> de esas realidades socioculturales complejas, duras y dolorosas, por ejemplo, cuando se está trabajando en los albergues o en la casa de migrantes; con los familiares de las desapariciones forzadas; en los espacios del encierro con los *privados de libertad*; con las pandillas transnacionales –cholos, maras y *barrio 18*–; o con minorías sexuales –LBGTI–; lo que hace el investigador, entre otras consideraciones, es acompañar los procesos que ahí están dándose y, quizás, facilitar la gestión o la agencia de esos actores y sujetos sociales, para que sean ellos

<sup>7</sup>Parafraseando al psicólogo social Kurt Lewin: No hay nada más práctico que una buena teoría (1976), lo cual implica que no hay tal disociación entre la teoría y la práctica, es decir, cuando se interviene la realidad, siempre se hace desde determinados dispositivos teórico-metodológicos; y, a su vez, a partir de la realidad/la evidencia empírica se construye teoría. Actualmente, este principio es uno de los presupuestos claves de la teoría fundamentada.

quienes resuelvan sus conflictos y problemáticas socioculturales y afectivas, si fuera el caso.

En estas circunstancias, un aspecto un tanto olvidado en las coordenadas y el eje de la investigación-intervención, de lo real complejo, es el asunto de la sinceridad/la franqueza; la *ética* que debe guardar el investigador o quien interviene, en varios niveles o planos de análisis y de consideración (la sinceridad/la franqueza; la confianza; la sensibilidad social o teórica; el respeto; el cuidado del sujeto *conocido*, en el entramado de la relación intersubjetiva que se construye con respecto a sus actores sociales y a los contextos de tales sujetos conocidos).

A mi entender, el núcleo o la matriz más importante de significación, en relación con la *ética*, es la sinceridad/la franqueza, así como el tipo o la cualidad del vínculo o la relación social y afectiva que se vaya estableciendo con el *otro conocido*. Esto implica de inicio no mentir con respecto a la identidad profesional que se tenga como investigador, ni tampoco en lo que atañe a los objetivos y la finalidad de la indagación o la intervención como tal; ya que, incluso, éstos tendrían que negociarse y convenirse con los sujetos a conocer. Recordar, que hay otros actores sociales en el campo temático, que también están investigando, o interviniendo, lo cual quiere decir que nos jugamos constantemente, a partir de la creación de nuestra propia presencia (Díaz, 2002), ante, por ejemplo: los ministros de culto o la pastoral urbana; empleados del gobierno y de varias instituciones; miembros de las organizaciones civiles –nacionales o internacionales–; otros académicos; periodistas y reporteros –que, por cierto, son los más desprestigiados por descontextualizar y ser *amarillistas*–; los cuerpos de seguridad del Estado, que tratan de infiltrar a determinados agrupamientos o adscripciones identitarias juveniles, como pueden ser la Mara Salvatrucha (MS-13) o la pandilla del Barrio 18 (B-18). Recordar, también, que fue muy común –y todavía quedan resabios– que desde los dispositivos cuantitativos/experimentales de laboratorio y del positivismo lógico, los investigadores

eran, o son *encubiertos*, es decir, no se decía la verdad de la estrategia de investigación utilizada y se mentía bajo la fantasía, o el imaginario de alcanzar la pretendida neutralidad y objetividad a ultranza, costara lo que costara, hasta la ética.

Ligado con lo anterior, está la confianza, que no se da por hecha, sino que va haciéndose en el camino de la trama de la investigación y la intervención sociocultural. Se sustenta en el compromiso de la *palabra dada*, es decir, de respetar y llevar a cabo los acuerdos contraídos entre las partes como, por ejemplo: devolver algo a los sujetos o actores de la investigación o de la comunidad –si así fuese el caso–; entregar el material fotográfico; el impreso de las entrevistas en profundidad que se hayan realizado; el reporte de investigación; el artículo o libro que de ahí emane; o no escribir o publicar lo que los actores o sujetos hayan solicitado o pedido no difundir, a cambio de otorgar la entrevista y colaborar en la información correspondiente.

Esto es clave y sustancial, ya que la persona que investiga debe reconocer que hay fronteras inquebrantables e infranqueables a riesgo de su propia seguridad física y emocional, que tendrían que alejar o descentrar de los protagonismos o, más aún, de la omnipotencia que por lo común están siempre presentes en el imaginario de una parte de los investigadores que intervienen determinadas realidades socioculturales complejas.

Otro aspecto a considerar, no menor, es la sensibilidad social o la sensibilidad teórica del investigador (Glaser, citado en García y Manzano, 2010),<sup>8</sup> o de quien interviene, en relación con los contextos –económicos, políticos, sociales y culturales– y de los actores y los sujetos situados o anclados a esos contextos. Esto no implica la consabida enunciación recurrente, como lugar común y vacía de sentido, de *ser empáticos/ponerse en el lugar del otro*; ya que es un deseo inviable, en el entendido de que aunque se com-

<sup>8</sup>A partir de los principios de la teoría fundamentada, la idea central estriba en que el investigador requiere tener determinadas habilidades para llevar a cabo una investigación cualitativa, entre ellas: análisis crítico de las situaciones y pensamiento abstracto.



parta una situación similar, por ejemplo, la pobreza o la pérdida de un ser querido, la representación social (Moscovici, 1979; Jodelet, 1986) o la vivencia de esa experiencia es individual/personal, por lo que no sería idéntica, a la de las otras personas y actores. Un aspecto es conmoverse, no ser indiferente o ajeno al sufrimiento de los demás como investigadores, por ejemplo: al dolor insoportable de una madre o un padre por la desaparición forzosa de su joven hija; otro, es imaginar que desde la *empatía* uno va a sentir lo mismo que el otro o que los demás.

También es importante el respeto que uno brinde, tanto al contexto en el que se esté, como a los sujetos y a los actores sociales de los que se trate, en esa situación específica; ya sea de pobreza extrema –las *favelas*, por ejemplo–; caminando los barrios más álgidos o rudos en Ciudad de México; o contactando con los personajes más emblemáticos o protagonistas en el ejercicio de las violencias de muerte –los sicarios colombianos–. Tal respeto se juega a partir de no pretender *imitar*, o tratar de *copiar*, el uso que hacen del lenguaje y de las maneras particulares de expresión de la localidad, o de los sujetos con quienes se está interactuando, es decir, de intentar hablar igual que ellos, incluyendo el tono, los matices del habla y las inflexiones de voz. Aunado a lo anterior, está lo relacionado con la estética corporal y la vestimenta, que simplificando la realidad social, una parte de los discursos y de las narrativas emanadas principalmente de las estrategias de intervención –la investigación acción-participante y el trabajo social– sugiere *vestirse* como el actor a investigar y a conocer; llevar los atuendos similares a la comunidad con la que se está interviniendo, en el imaginario académico de ser aceptados o de ser iguales a ellos, aspectos totalmente descolocados y falaces, ya que por lo común, los sujetos, el barrio y la comunidad, lo consideran, lo viven y lo sienten como un agravio.

De igual manera, lo relacionado con proteger a nuestros informantes, colaboradores, sujetos de la investigación y la intervención o al sujeto conocido cobra gran trascendencia,

sobre todo cuando estamos trabajando en escenarios y con actores al límite, al borde y en los umbrales de la paralegalidad (Valenzuela, Nateras y Reguillo, 2007); o también con todas aquellas identidades deterioradas o identidades desacreditadas (Goffman, 1993). Proponemos entonces, hablar de un dispositivo y de una estrategia que bien podríamos denominar como antropología, sociología o psicología social del anonimato, incluyendo lo relacionado a la construcción de la evidencia empírica de los datos, ya sean orales, escritos o iconográficos (imagen fija/fotografías e imagen móvil/video y films).

De inicio, habría que dialogar y negociar con los actores y los sujetos sociales correspondientes, a fin de llegar a acuerdos –en el tiempo y en el momento del tratamiento de la información– en el sentido de quedar claro: ¿cómo se resolvería la coautoría de los conocimientos o los saberes producidos colectivamente? ¿Qué sería lo que sí se escribe y lo que se podría publicar y lo que no?, incluyendo el asunto de las iconografías. Por lo común, no se ponen los nombres y apellidos verdaderos; ni datos de lugares o sitios que ubiquen la residencia o el hábitat de las personas; tampoco fechas o días precisos. Y en cuanto a las imágenes, principalmente se obvian los rostros de los sujetos, así como los espacios públicos, fáciles de reconocer.

En contextos y situaciones donde nuestros informantes-colaboradores o sujetos de la investigación y la intervención estén siendo perseguidos o exterminados, o tratando de ser infiltrados por los cuerpos de seguridad del Estado, por ejemplo, los integrantes de la Mara Salvatrucha (MS-13), la pandilla del Barrio 18 (B-18), la Mara Mao, la Mara Máquina –en El Salvador, Honduras y Guatemala– (Nateras, 2015) o exintegrantes de la guerrilla –como en Colombia–, el manejo y la protección de la información oral e iconográfica, que se vaya levantando, es de vital importancia tanto para nuestros informantes, colaboradores o sujetos conocidos como para los propios investigadores.

Actualmente, se utilizan tecnologías digitales, ya sean grabadoras, cámaras fotográficas o de video, celulares, tabletas o

cualquier otro dispositivo, donde se va almacenando la información con respecto al trabajo de campo y la investigación o intervención correspondiente. Por lo común, traemos las grabaciones de todas las entrevistas en profundidad, las sesiones de los grupos focales o el cúmulo de fotografías –si fuera el caso– y nos vamos desplazando de barrio en barrio, de comunidad en comunidad, de una región a otra o, incluso, pasamos fronteras –vía terrestre– de un país a otro, a lo largo de nuestro quehacer de la investigación. Por lo anterior, y máxime si se está trabajando con lo que se ha denominado sujetos y actores en los *límites*, en los *bordes* y en los *umbrales* de la paralegalidad –sicarios, secuestradores, narcotraficantes– o de ciertas identidades deterioradas o desacreditadas –cholos, *latin kings*, pandillas trasnacionales– se pone en serio peligro y altísimo riesgo a todos los informantes o colaboradores, si nuestros dispositivos son revisados por los cuerpos de seguridad del Estado, o por todos aquellos sujetos denominados como *los profesionales de las violencias* (Tilly, 2003). En este sentido, es de vital importancia ir descargando toda esa información conforme se vaya levantando –día tras día– en otro dispositivo, es decir, transmitirla a otros artefactos vía Internet, de tal manera que si intervienen o desaparecen nuestros equipos, difícilmente encontrarán algo que sea utilizado en contra de nuestros informantes o colaboradores. Incluso, en situaciones extremas, una vez terminadas las entrevistas correspondientes o el levantamiento fotográfico en los barrios *densos* y *peligrosos* se podrían quitar los *chips* de los equipos, como grabadoras y cámaras fotográficas.

Por otra parte, hay que tener claro que en algunos contextos, circunstancias y en relación con determinados sujetos y actores sociales con los que se esté trabajando, el investigador no está exento de correr determinados riesgos. Por lo que es necesario establecer una serie de protocolos de seguridad para los que investigan e intervienen en esas situaciones sociales complejas. Desde cuestiones elementales como avisar siempre a alguien de la actividad que se va a llevar a cabo o lo que se va a

hacer, por ejemplo, caminar el barrio o establecerse un vínculo y contacto; hasta ir acompañado; evitar salir tarde del lugar o de la comunidad de la que se trate; traer un celular con crédito y batería; llevar una identificación institucional o personal e, incluso, copia del pasaporte; no ser ostentoso en la forma de vestir; portar con discreción el equipo a utilizar; y llevar algo de dinero para cualquier eventualidad.

Aunado a lo anterior, y apuntando a atender la parte de reflexión teórica-metodológica y la subjetiva del que interviene, o de quienes estén realizando la investigación en la relación social que se establece con los sujetos conocidos, así como de ir ventilando las emociones y las afectividades que el propio trabajo de campo pueda despertar, se requiere diseñar y utilizar un *dispositivo teórico-metodológico de contención*, que bien podrían ser grupos de discusión o de reflexión.<sup>9</sup> Este dispositivo –coordinado por un académico, o asesor, o director de la investigación/intervención– tendría la finalidad de ir acompañando ese proceso en el momento mismo en el que se está investigando/interviniendo determinada realidad sociocultural compleja y, a su vez, sirve también para plantear las dificultades que hubiese, las dudas, los posibles problemas y conflictos, así como los estados de ánimo del equipo de trabajo.

### *A manera de cierre*

A partir de la metáfora que se ha construido: *el mercado y el festival de las violencias*, de referir acerca de las identidades

<sup>9</sup>Hay que reconocer que, en términos generales, en las ciencias sociales y las humanidades se carece de este tipo de dispositivos, no así en las ciencias médicas y en la salud mental, donde los médicos se reúnen para discutir los casos clínicos de sus pacientes, a fin de tomar decisiones colectivas en cuanto al proceder; en los ámbitos de la psiquiatría y la terapia psicológica, el mecanismo que se emplea es el de la *supervisión*, es decir, cada terapeuta expone sus casos ante un supervisor, a fin de que le ayude y pueda ver cosas teórico-metodológicas-afectivas ante su paciente que de otra manera no podría conocer.


deterioradas o desacreditadas (Goffman,1993), de situar a determinados sujetos/actores sociales en los umbrales, en los límites y en los bordes, o en coordenadas de la paralegalidad (Valenzuela, Nateras, Reguillo, 2007), es importante *repolitizar la parte política* de tales contextos, a partir de los cuales se configuran las situaciones y los actores/los sujetos, en el entramado de las tensiones, los conflictos y las violencias sociales y, en particular, las de muerte. Preguntarse por cómo se produce/se construye la desigualdad social; las inequidades de género; la miseria/la pobreza; la marginación y los sujetos *olvidados* de siempre es clave y fundamental para todos aquellos que investigan e intervienen las realidades socioculturales complejas. Así mismo, hay que replantear la relación social que se construye desde una epistemología del sujeto cognoscente hacia una epistemología del sujeto conocido (Vasilachis, 2006), en tanto que ya no se trata de *conocer al otro*, sino de *conocer con el otro*, lo cual implica un tipo de vínculo que privilegie una relación horizontal, dialógica y colaborativa en la construcción mutua del conocimiento sociocultural.

### Referencias

- Álvarez, J. (2013). *Balas por encargo. Vida y muerte de los sicarios en Colombia*. México: Rey Naranjo.
- Arciga, S. y Nateras, O. (2002). El dolor social. *Psic. Soc. Revista Internacional de Psicología Social*, 1(1), 83-91.
- Bachelard, G. (1982). *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2003). *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*. Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. y Wacquant, L. (1995). *Respuestas por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. C. y Passeron, J. C. (1987). *El oficio del sociólogo*. México: Siglo XXI.

- Chacón, A. (2016). Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis. En Nateras, A. (Coord.), *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas. Tomo I. Violencias y aniquilamiento* (pp. 171-198). México: Gedisa/UAM-Iztapalapa.
- Devereux, G. (1977). *De la ansiedad al método en las ciencias sociales de comportamiento*. México: Siglo XXI.
- Díaz, R. (2002). La creación de la presencia. Simbolismo performance en grupos juveniles. En A. Nateras (Coord.), *Jóvenes, culturas e identidades urbanas* (pp. 19-41). México: Miguel Ángel Porrúa/UAM-Iztapalapa.
- Freud, S. (1978). *Lo siniestro*. México: Letracierta.
- García, E. y Manzano, J. (2010). Procedimientos metodológicos básicos y habilidades del investigador en el contexto de la teoría fundamentada. *Iztapalapa. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades. Aproximaciones cualitativas a problemas sociales*, (69), 17-39.
- Geertz, C. (1994). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós.
- Goffman, E. (1993). *Estigma. La identidad deteriorada*. Argentina: Amorrortu Editores.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Ibáñez, T. (1994). *Psicología social construccionista*. México: UDG.
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Moscovici, S., *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y Problemas sociales* (pp. 469-494). Buenos Aires: Paidós.
- Lakoff, G. y Johnson, M. (1980). *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid: University of Chicago.
- Lewin, K. (1976). La teoría del campo en psicología social. En M. Deutsch y R. M. Krauss, *Teorías en psicología social* (pp. 44-78). Buenos Aires: Paidós.
- Marcus, G. (2001). Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades*, 11(22), 11-127.

- Morin, E. (1990). *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa.
- Moscovici, S. (1979). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul.
- Nateras, A. (2015). *Vivo por mi madre y muero por mi barrio. Significados de la violencia y la muerte en el Barrio 18 y la Mara Salvatrucha*. México: Tirant lo Blanch/UAM-Iztapalapa.
- Salazar, A. (2002). *No nacimos pa' semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Colombia: Planeta.
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona: Paidós.
- Taylor, S. J. y Bodgan, R. (1992). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación*. Barcelona: Paidós.
- Tilly, C. (2003). *The Politics of Collective Violence*. Inglaterra: Cambridge University Press.
- Vallejo, F. (1994). *La Virgen de los sicarios*. México: Alfaguara.
- Valenzuela, J. (2012). *Sed de mal. Femicidio, jóvenes y exclusión social*. México: El Colef/UANL.
- Valenzuela, J. (Coord.). (2015). *Juvenicidio. Ayotzinapa y las vidas precarias en América Latina y España*. Barcelona/Guadalajara/Tijuana: Ned Ediciones/ITESO/El Colef.
- Valenzuela, J., Nateras, A. y Reguillo, R. (Coords.). (2007). *Las maras. Identidades juveniles al límite*. México: UAM-Iztapalapa/Juan Pablos Editor/El Colef.
- Vasilachis, I. (2006). La investigación cualitativa. En I. Vasilachis, (Coord.), *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-64). Barcelona: Gedisa.



La condición de exclusión política y económica de las y los sujetos jóvenes tanto en México como en Latinoamérica y otras latitudes, se ha convertido en un generador de miedo, reproduciendo violencia. Aunado a ello, los sectores juveniles menos favorecidos también tienen el temor de perder la vida y sus vínculos afectivos, de salir del modelo dominante de masculinidad, de no lograr el éxito y no tener ocupación en una sociedad trabajadora y consumista, que no genera empleos dignos para poder construir un futuro prometedor en sus vidas. Una gran parte de las juventudes resiste al sistema imperante, como actores y sujetos sociales activos, que emergen en otras formas y tienden a cuestionar el orden dominante.

La diversificación de la condición juvenil ha tomado distintas expresiones, pero aquí se atienden principalmente a aquellas juventudes precarizadas, criminalizadas y violentadas. La población joven, particularmente masculina y pobre, carga con el estigma de ser la causante y portadora de sospecha del delito y, en general, de encarnar el mal, ligado a los estereotipos de rebeldía, transgresión, impulsividad, irreflexividad, carencia de límites o moralidad. Sin embargo, no hay que olvidar que una parte del comportamiento juvenil se caracteriza por acciones divergentes, alternas y de resistencias culturales, que cuestionan y tensionan las normas sociales, aunque hay que aclarar que esto no es sinónimo de delincuencia sino una reacción a las condiciones de opresión que genera el propio sistema.



**El Colegio  
de la Frontera  
Norte**